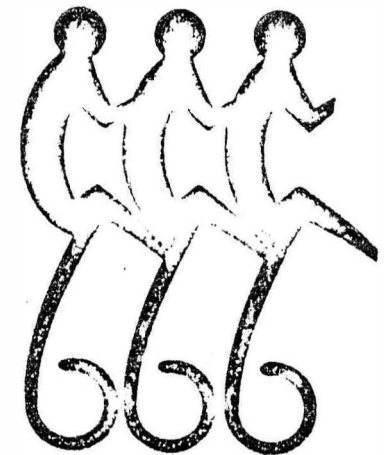


- 4. El Espectador, P. 14A. 17-XI-85.
- 5. INGEOMINAS: Explicación del Mapa de Riesgos. Oct. 1985.
- 6. LA PATRIA: 28 de julio de 1985. Revista Dominical, p. 14 a 18. La Actividad volcánica del nevado del Ruíz.

JAVIER DARIO RESTREPO

Periodista



**XIV- LA AYUDA INTERNACIONAL
A QUIEN AYUDA?**

INTRODUCCION

Los días 13 de todos estos meses los damnificados de Armero han recordado la catástrofe que sepultó a su pueblo con manifestaciones bulliciosas que recorren calles de Bogotá e Ibagué y que han conseguido mantener viva la preocupación del gobierno y de los organismos de ayuda por la solución de sus necesidades. Cuando esas manifestaciones pasan por las calles, los periodistas tenemos que sentir que estamos en el origen de esa inconformidad y en la raíz de esos gritos. Son gritos que se comenzaron a gestar en nuestras informaciones sobre la ayuda internacional. En esa maratón informativa que du-

ró dos días con sus noches, los medios de comunicación transmitieron muchas noticias. Un micrófono abierto durante las 24 horas continuas de cada día, las prensas insaciables que reclamaban más y más fotos, titulares y relatos; esos largos espacios de una hora y hora y media en las pantallas de TV, imponían una continua búsqueda de datos y por eso todo atisbo de ayuda se acogía como una información de oportunidad múltiple: consolaba y esperanzaba a los damnificados; estimulaba a otros donantes y revelaba una dimensión positiva de la sociedad. Los anuncios de ayuda llegaban por teléfono, por cable, en boletines especiales, en entrevistas personales. Eran anuncios de personas, entidades bancarias, industriales o comerciales, de grupos políticos o religiosos, de embajadas, de clubes, de cuanta organización hay... era una catarata de buenas noticias que a alguno le inspiró la metáfora: una avalancha de buena voluntad cubre a Colombia...

Uno de los resultados de esa torrencial información de ayudas fue la conciencia que se creó sobre el desproporcionado volumen de ayudas, suficiente para atender no sólo la emergencia, sino la post-emergencia de los damnificados.

En algunos casos los periodistas dejamos nuestro papel de informadores para asumir el de promotores de ayudas: que hace falta sangre, dijo alguien en las primeras horas del jueves aquel, y de inmediato las instalaciones de la Cruz Roja se llenaron de donantes hasta el punto de que horas después fue necesario decirle a las personas que ofrecían su ayuda que guardaran su sangre en las venas para otra oportunidad.

Eso mismo ocurrió con otras clases de donaciones, con idénticos resultados. Las vastas proporciones de la tragedia habían creado un ambiente propicio para la generosidad, que fue mirado en su momento como el aspecto positivo de la historia de ese oscuro día.

El análisis posterior de esos hechos y el desarrollo noticioso que ha tenido la tragedia de Armero han revelado mucho más

que la experiencia de esos dos primeros días. Más aún, ha permitido ahondar y darle sus dimensiones reales a episodio de ese día, como es el caso de todos los que se relacionan con la ayuda nacional e internacional para los damnificados. Ese análisis y son esas experiencias de periodistas cuanto le voy a comunicar ahora. No pueden esperar ustedes de mí nada distinto de esas notas apresuradas y nerviosas y de esas reflexiones que nosotros, los del oficio, utilizamos como base de nuestras informaciones. Quizás sea buena idea este contacto de ustedes con esos hechos como punto de partida para el trabajo que quieren hacer; quizás resulte demasiado elemental volver a hechos demasiado conocidos... no sé!

Sí sé, en cambio, que me ha resultado apasionante volver sobre apuntes, recuerdos, recortes de prensa y grabaciones, lo mismo que textos de especialistas sobre el tema que me han dado alguna claridad sobre este asunto. Ese apasionado interés es el que quiero comunicarles con estas notas.

UNA AYUDA RELATIVA

Una primera experiencia tiene que ver con el hecho mencionado inicialmente. La relatividad de hechos, cifras y anuncios cuando se trata de ayuda para los damnificados.

Un poco más de un mes después de la avalancha Resurgir comunicó al país que se habrían recogido 7.660 millones de pesos en ayudas para los damnificados (1) Cinco semanas después esa cifra cambió sustancialmente. En un nuevo balance la entidad contabilizaba ayudas por 1900 millones de pesos. (2) Mientras tanto en las cuentas que le hacían a Resurgir desde afuera, la suma total de ayudas se elevaba a 14 mil millones

de pesos. Las tres cifras tienen su explicación. Resurgir contabilizó en la primera información lo que había entrado en sus cuentas y lo que habían recibido otras entidades constituidas para allegar fondos. Son en total once entes diferentes, cada uno empeñado en manejar sus propios recursos, en hacer sus obras y en dejar en alto sus nombres: pro Armero, Minuto de Dios; Ayudémonos; Por tí Colombia, Visión Mundial, Holanda Negron, Antioquia Presente; Servivienda, Catholic relief services, Federación de Cafeteros; Cruz Roja Nacional.

Resurgir inicialmente comenzó a operar como entidad coordinadora de esos once organismos y por eso publicó un primer balance en el que incluía las sumas recibidas por ellos; en la segunda publicación se atiende a las sumas que la entidad maneja directamente. Por lo visto quiere salvar responsabilidades después de un intento de coordinación difícil que sólo ha logrado parcialmente. En efecto a pesar de los esfuerzos para evitar la multiplicación caótica de entes de ayuda y para concentrar todos los donativos en una sola caja; los donantes; motivados por la desconfianza en los entes oficiales o por su particular afecto por alguna organización en especial; entregaron sus donativos a otras cajas diferentes. Naturalmente; por sobre el designio del gobierno prevaleció en todo momento la voluntad de los donantes.

Además de esa circunstancia hay otra que explica la diferencia de cifras arriba anotadas. Los donativos anunciados públicamente no siempre llegaron a las cajas de las entidades. En varios bancos están todavía; por ejemplo, un donativo de mil 600 millones de pesos de la República Federal Alemana a la espera de garantías sobre su correcta inversión; la misma condición mantiene congelados 60 millones de pesos reunidos por las Fuerzas Armadas. En los días de la catástrofe se publicó ampliamente la noticia de un donativo de Austria de un millón de dólares; hoy nadie da cuenta de ese dinero. En estas condiciones todo dato sobre la ayuda resulta relativo.

Pasados los primeros días después de la catástrofe, cuando

todos habíamos asimilado mal que bien el espantoso drama; comenzó a aparecer la verdadera dimensión de las ayudas. Unos eran sólo promesas a largo plazo, otras tenían destinatarios específicos: hospitales, escuelas, centros de salud, etc; en otros casos las altas cifras eran engañosas: miles de toneladas de ropa no significaban post-catástrofe con ropa nueva; el 80 por ciento de la ropa que llegó era usada, y en algunos casos inservible, salvo que se optara por convertirla en materia prima para traperos como hicieron unos imaginativos damnificados de Cambao.

Hubo auxilios para carreteras, por ejemplo, que suponían todos los trámites de la ayuda externa, incluido el de una contrapartida en pesos colombianos, antes de que se hicieran efectivos. Sin embargo, pocas de estas circunstancias; que eran un límite a las enormes y gruesas sumas difundidas por los medios de comunicación, fueron explicadas a los damnificados... Y aunque lo hubieran sido. Es un hecho conocido que los receptores de los medios de comunicación masiva se quedan con los primeros datos, pero no aceptan sino en mínima parte las rectificaciones. Y en este caso las primeras informaciones lograron crear la ilusión de una multimillonaria ayuda, ampliamente suficiente para atender todas las necesidades de los damnificados. Por eso anotaba Guillermo Cano; dos meses después: "la imaginación popular ha sumado millones y millones de pesos, millones y millones de dólares, marcos, libras, yenes etc, y en su mente de hoy la cuenta llega a cifras inverosímiles..." Y agregaba: "estamos obnubilados por las cifras multimillonarias de pesos que hemos donado... o nos han donado." (3) cuando examinamos este hecho nos preguntamos si esa ilusión fue deliberadamente creada, o fue un resultado casual... La conclusión es que en muchos casos esta ayuda obedece a simples y rutinarios mecanismos de relaciones públicas. Se trata de sumas incluidas en los presupuestos bajo un rubro que, aunque tenga nombres diferentes, se funda en la misma filosofía: mejorar la imagen de la empresa, entidad o país, con su participación en acciones altruistas. No son; ciertamente, los damnificados los que importan; sino una marca;

un logotipo; una gestión diplomática. Por eso, los lugares heridos por una catástrofe llegan a adquirir una desagradable semejanza con las ferias en donde se libran las ruidosas batallas de marcas; logotipos y patrocinios. Lo mismo sucede con la información respectiva. A falta de los explícitos anuncios comerciales; aparece la sutil referencia a la empresa o entidad que proporciona elementos de ayuda. Quienquiera que haya estado al frente de una emisión de esa naturaleza; sabe hasta qué punto son apremiantes las demandas de esos donantes y lo que significa una voluntaria o accidental omisión de esos nombres. A esa circunstancia se agrega la competencia entre los medios de comunicación; todos empeñados en dar la mejor información - lo cual es bueno - y en convertirse en los voceros más autorizados de los damnificados y de las autoridades, lo cual es altamente dañino.

Los datos anteriores nos permiten entender algunos fenómenos aparentemente absurdos que parecen ser la constante en los episodios de catástrofe. Por ejemplo: horas después de conocido el hecho - terremoto, inundación, avalancha, incendio, etc.- desde los más remotos lugares del mundo comienzan a llegar las ayudas. En los aeropuertos locales aterrizan naves de banderas extrañas cargadas con alimentos, medicinas, ropas, tiendas de campaña, frazadas. Los gobiernos o entidades que ayudan obran motu proprio, es decir, por iniciativa inconsciente y siguiendo un razonamiento universal: la ayuda tiene carácter urgente, debe situarse en el lugar de la catástrofe cuanto antes y las necesidades son las que presumen los jefes de la bodega, o los altos funcionarios de las entidades. Por eso a Armero llegaron pesadas ropas de invierno; alimentos exóticos o alimentos de los que se producen en el país y que se habrían obtenido a más bajo costo en los mercados locales. Estos absurdos, repetidos en todas las catástrofes, están revelando que, en contraste con las enormes cantidades de dinero que es posible allegar en favor de los damnificados; es cada vez más escaso el conocimiento de sus necesidades. Estas, o no se conocen en absoluto y sólo se presumen y simplifican al máximo, o su conocimiento resulta alterado por los perjui-

cios o cultura extraña de los donantes. En Guatemala, con ocasión del terremoto de 1976 bastaron 60 horas para reunir todos los datos necesarios sobre daños causados y número de víctimas..."el problema subsiguiente fue qué hacer con esos datos, como traducirlos en una respuesta lógica y tangible para las necesidades reales de las víctimas sobrevivientes de la catástrofe." (4)

Sin embargo esa no es la única ignorancia. También se ignoran, o se pretenden desconocer las necesidades de los donantes. Se ha partido del presupuesto aceptado por prejuicio de que el necesitado sólo es el damnificado. Y la verdad completa es que el donante también es un necesitado; y que sus donativos son una expresión de su necesidad. Ya antes aludíamos a la necesidad de crear, mantener o cambiar una imagen pública; necesidad cuya satisfacción en condiciones normales cuesta millonadas; en condiciones de catástrofe tiene un menor costo.

Esto suena a cinismo; y lo es porque refleja realidades cínicas. Debieron pensarlo así los filipinos; víctimas del terremoto de agosto de 1976 en el que murieron 8 mil personas. El embajador de Estados Unidos en Manila ofreció una generosa ayuda para 35 mil familias que se habían quedado sin casa... pero a cambio de un rápido acuerdo sobre restablecimiento de base aéreas estadounidenses en las islas; según revelación hecha por el New York Times. (5)

Una racionalización de los mecanismos de ayuda internacional tendrá que comenzar por la aceptación de que; tanto los donantes como los damnificados; tienen sus propias necesidades. Una vez que esto se haga es muy probable que cambien las costumbres que hoy imperan en materia de ayuda internacional; hasta el punto de inponerse la convicción de que el 90 por ciento de la ayuda externa es improcedente. Méjico, Filipinas y China, por ejemplo, han llegado a decidir que la ayuda exterior suele crear más problemas de los que resuelve. (6)

Los funcionarios de puertos y de aduanas en Colombia que han tenido que afrontar los problemas de decenas de contenedores con auxilios; los funcionarios que gestionan préstamos internacionales, interferidos ahora por las implicaciones de la ayuda a los damnificados; los directivos de Resurgir y de las demás entidades a los que conciernen los problemas de Armero y Chinchiná estarían de acuerdo en esa decisión: la ayuda externa crea más problemas de los que resuelve.

Cuatro días después de la catástrofe; un despacho internacional de la AFP revelaba estos detalles: la ayuda internacional abarcaba el envío de toda clase de elementos, desde plasma hasta casas prefabricadas; sin embargo toda esa ayuda se había quedado en Bogotá: la dificultad para clasificarla y para movilizarla por unas carreteras bloqueadas, habían impedido la llegada de esos materiales a su destino. Los helicópteros estaban dedicados a movilizar heridos y sobrevivientes y no podían transportar carga. Los paquetes que los bogotanos habían llevado a la Feria Exposición; unas instalaciones con gigantescos galpones, se arrumaban unos sobre otros cubriéndolo y congestionándolo todo hasta el punto de que se advirtió a los donantes que ya no se podía recibir más por falta de espacio.

Esos donativos permanecieron allí tres meses hasta que Resurgir logró su distribución. Los otros, los que llegaban del exterior; siempre según el relato de AFP; debían ser conocidos por el comité nacional de emergencia mientras decenas de camiones esperaban en largas filas frente a los centros de acopio. En síntesis: la clasificación y distribución de las ayudas resultan ser un problema de difícil solución pese a que miles de sobrevivientes necesitaban ayuda urgente e inmediata. El fenómeno era evidente: los que estaban más próximos a la catástrofe y que podían aportar ayuda se sentían relevados de hacerlo y excedidos por los anuncios contantes sobre la llegada de formidables cargamentos de ayuda que, sin embargo; se quedaban varados; lejos de su destino. Otras veces fue la burocracia oficial la que impidió la llegada de los auxilios. El más ilustrativo de esos casos fue el del ofrecimiento de ayuda cien-

ífica hecho por Unesco antes de la avalancha. El director del Instituto Vulcanológico de Islandia había constituido un equipo de científicos dispuestos a viajar a Manizales con todo su instrumental de trabajo para examinar y vigilar la actividad del Ruiz. Ofrecieron sus servicios por medio de Unesco que, a su vez; se valió del embajador colombiano para hacer llegar su ofrecimiento. La carta del diplomático; fechada el 26 de junio de 1985; llegó al ministerio de relaciones exteriores y a partir de ahí emprendió el Kafkiano recorrido por los escritorios de funcionarios de ese ministerio del ministerio de Obras Públicas; del ministerio de educación; de ingenieros de la gobernación de Caldas; de la alcaldía de Manizales y de la Universidad de Caldas adonde llegó mes y medio después, tras una milagrosa supervivencia entre manos y escritorios de funcionarios que no sabían qué hacer con ella. Nuestra inepta burocracia se crea un problema insoluble con esas ayudas; no atina a dar una respuesta adecuada porque su primer y único pensamiento es responsabilizar a otro y salir del problema. Nadie; por ejemplo; asumió la responsabilidad de asignarles tareas a los miembros de un equipo francés de rescate que llegó con todo su instrumental técnico, permaneció tres días en el país y finalmente emprendió el regreso sin haber prestado su servicio, porque nadie los tuvo en cuenta... Aún si la ayuda internacional fuera útil en los casos de catástrofe, la burocracia oficial se encargaría de volverla inútil. Esto sin contar aún con la otra posibilidad: la de estimular a funcionarios corrompidos. El pillaje de Somoza después del terremoto de 1974 en Nicaragua, no es un caso aislado. Pero sí es clásico: las cien casas y las doce escuelas donadas por Colombia acabaron en manos de la parentela y los amigos de Somoza. Ninguna vivienda se dió a las víctimas del terremoto.

Después de las catástrofes, con precisión matemática, suele sobrevenir esa catástrofe adicional: la que vuelve polvo el prestigio de los funcionarios involucrados en tareas de ayuda. Es lo que el Contralor General de la República llamaba "el tráfico de prestigios privados, la nube de suspicacia que enloda toda tarea." (7) El mismo funcionario había puesto en marcha

ese trapiche al hablar ante la comisión 7 de la Cámara sobre "el banquete de los administradores" en que se convierte cada tragedia. (8) El propio Procurador General de la nación después de un recorrido por la zona de desastre en el norte del Tolima hecho a mediados de febrero, encontró "justificadas" las quejas de los damnificados contra Resurgir, y decidió una fiscalización permanente de la entidad no por presunción de malos manejos, pero sí por la demora en dar soluciones y el caos en la entrega de auxilios. (9)

Tres años después de su catástrofe de semana santa los pobladores de Popayán se quejan de la ineficacia y aparente corrupción de organismos como la CRC (Corporación para la reconstrucción y desarrollo del Cauca) que según las denuncias de Fundat (fundación de damnificados por el terremoto) alega haber construido 18 mil viviendas y sólo ha levantado cuatro mil; prometió, sin cumplirlo, la construcción de la hidroeléctrica de Julumito para generar 2 mil empleos directos y 5 mil indirectos, y nada ha hecho; tampoco ha comenzado Carbocol en las minas de Tambo una explotación que generaría 700 empleos directos, mientras en Popayán crece el desempleo de los damnificados.

A raíz de la tragedia de Armero el contralor recordó las lecciones dejadas por otro desastre: el terremoto maremoto de diciembre de 1979 en la costa pacífica. Allí se ejecutó un programa de ayuda por 31 millones de dólares. Después de una visita de inspección, la contraloría encontró que a los contratistas se les había pagado el valor de todo el contrato, a pesar de que las obras se habían dejado incompletas. En algunos casos como en la construcción del aeropuerto de El Charco, no se había hecho ningún trabajo, pero sí se había pagado el 50%. Sin embargo la CVC declaraba que cada contrato se había cumplido en todas sus partes. Las obras, seis años después del maremoto, continúan inconclusas y en este momento corre una prórroga de seis meses otorgada por el BID que acaba de reasignarles los últimos dos millones y medio de dólares del préstamo original. Seis años después! (10)

LOS MITOS

Las comprobaciones anteriores y otros hechos ocurridos en sucesivas catástrofes han contribuido a desmitificar esos acontecimientos. Más que las victorias, los desastres están rodeados de un clima propicio para el nacimiento de toda suerte de mitos, que serían inofensivos y enriquecedores del folclor si no influyeran tan definitiva y nocivamente a la hora de planificar y prestar ayuda a los damnificados. En efecto, la ayuda internacional obedece, en buena parte, a los mitos existentes sobre las catástrofes.

Por ejemplo, se ha vuelto lugar común considerar que las catástrofes son inevitables y que ante ellas el hombre nada puede. Según esa creencia, estas tragedias suceden fatalmente o porque llegó un año bisiesto, o porque cruzó el cielo el cometa Halley, o porque un dios cruel así lo quiso. No falta es ese ambiente quien clame con evidente irresponsabilidad ante las ruinas, los heridos y los muertos que "todos somos culpable." El examen de las catástrofes que han golpeado a la humanidad le da la razón a Shakespeare cuando decía en el Rey Lear: "echamos la culpa de nuestras catástrofes al sol, a la luna y a las estrellas como si fuéramos malvados por necesidad, imbéciles por una fuerza celestial, bellacos, ladrones y traidores por el predominio esférico, borrachos, mentirosos y adúlteros por una obediencia forzosa a la influencia planetaria." En lugar de eso es evidente que "las catástrofes son motivadas por fenómenos que chocan con una condición peligrosa." (11)

El ministro francés de desastres Haroun Tazief proclamó a todos los vientos que en Armero se habría podido sortear la avalancha si se hubieran tomado las precauciones inducidas por él en Costa Rica en 1964 en vísperas de una erupción volcánica. En esa ocasión sólo una persona murió; el fenómeno natural no había sido inevitablemente catastrófico. Tampoco lo fue la erupción del volcán Santa Helena en el estado de Washington en donde el trabajo conjunto de científicos y

autoridades locales permitió la evacuación oportuna de la zona; y en lugar de las 30 mil potenciales víctimas, la tragedia se redujo a 70 personas que persistieron en quedarse en el área de peligro.

Hechos como éstos están destruyendo el mito de la inevitabilidad de las catástrofes y han orientado la ayuda internacional hacia las tareas preventivas.' La respuesta inmediata que recibió de los vulcanólogos suizos el gobernador de Caldas a comienzos de 1985 y las posteriores misiones de científicos que llegaron a Manizales o que ofrecieron sus servicios, son una prueba de esa desmitificación.

Cuando las entidades internacionales de ayuda adoptan como norma definitiva de su acción que más vale prevenir que curar, y apoyen esa prevención con técnicas modernas, entonces las estrellas y los dioses ya no serán más el paño de lágrimas, ni la explicación de la imprevisión humana, y el hombre se habrá librado de la fatalidad de las catástrofes. En parte al menos, porque hay otros mitos como el de la universal e indiscriminada destrucción de las catástrofes, que siguen haciendo daño.

Los investigadores de estos hechos han demostrado que las catástrofes son clasistas, y que al contrario de lo que suele pensarse cuando se repite el lugar común de que las tragedias golpean a todos por igual, lo cierto es que los pobres son los más afectados por los fenómenos naturales. Y la razón es única: porque los pobres son los más vulnerables. Aunque sólo el 66 por ciento de la población mundial vive en países en vía de desarrollo, es un hecho que el 95 por ciento de todos los muertos dejados por los desastres pertenecen a países pobres en donde los más desvalidos se hacían en laderas deleznales, o en las orillas de los ríos, o en viviendas frágiles. Esas viviendas son las que se incendian en los veranos, las que se desbarrancan en los inviernos, las que se inundan o son arrastradas en las crecientes. Ser pobre es estar instalada al borde

de la tragedia. El pobre vive en los lugares más peligrosos insalubres como si ese fuera su hábito natural.

Recientemente Medellín contuvo la respiración durante varios días cuando se dió cuenta de que todo un barrio estaba amenazado por una piedra gigantesca que pendía sobre sus cabezas. Nadie se había dado cuenta de eso hasta que alguien descubrió que la roca estaba cediendo. Hasta ese momento sólo los habitantes del barrio eran conscientes de su peligro de cada día... pero lo aceptaban con cierta resignación suicida porque no había otro lugar para ellos. Esa misma fatalidad persigue a todos los pobres, por eso los investigadores han establecido una relación directa entre catástrofe y pobreza. (12)

La creciente urbanización de nuestros países no hace sino aumentar las posibilidades trágicas de las catástrofes. En algunas ciudades las tres cuartas partes de la población viven en alojamientos improvisados. Y mucho me temo que ya en Bogotá nos estemos aproximando a esa escalofriante proporción. La ciudad ha crecido desmesuradamente hacia unas colinas pedregosas y rocosas del suroriente y suroccidente en donde es posible ver casas como cabras, agarradas al viento y a las piedras salientes de unas empinadas laderas. Cuando entidades y naciones donantes no conocen esta realidad y no tienden una relación entre estos fenómenos concatenados de la pobreza, la urbanización y las catástrofes, difícilmente podrán acertar en el momento de programar una ayuda, sobre todo si se trata de prevenir desastres. Los mitos sobre la inevitabilidad de las catástrofes y de la nivelación social que logran los desastres, han sido pésimos consejeros para planear ayudas.

Hay mitos menores, pero desorientadores. El paternalismo de los dispensadores de ayudas, como todos los paternalismos, se funda en prejuicios e incapacita a los receptores de las ayudas. Se da por supuesto que los damnificados han quedado aturdidos e incapaces para valerse; por eso se decide por ellos y se les niega toda participación en el proceso de recuperación. Notan los que han estudiado las conductas de los au-

xiliadores durante los desastres; que hay una evidente pre-
lección por organismos especiales y equipos externos. Sinem-
bargo esa participación de las personas fuertes que haya entre
los damnificados en las tareas de rescate y de reconstrucción,
no sólo significaría una orientación sabia sobre cómo hacer las
cosas, sino que contribuiría a levantar la moral de todos. Esa
ha sido una de las quejas más frecuentes de los damnificados
de Armero, y uno de los motivos de conflicto durante estos
meses: han sido extraños los que se han hecho cargo de ta-
reas elementales, como si ellos, por el hecho de ser damnifi-
cados fueran unos incapaces. Y eso ha acabado por incapa-
citarlos. En las visitas de la prensa a los campamentos y re-
fugios ese ha sido un aspecto notorio en la conducta de los
damnificados: su pasividad y pesimismo. Una periodista reco-
gió en uno de esos campamentos este revelador testimonio de
un socorrista de la Cruz Roja, dos meses después de la ava-
lancha: "los damnificados no están trabajando por ellos mis-
mos, les da hasta pereza ir a cortar leña, apenas están sa-
liendo del letargo producido por la tragedia; entonces, sólo
tienen dos posiciones: o trabajan por ellos o se vuelven que-
josos y beligerantes" (14) otra periodista anotaba, en coinci-
dencia con el testimonio anterior, al referirse a los damnifi-
cados de un campamento: "lo que más impacta al visitante
es la actitud pasiva de sus moradores. Parece que en la tra-
gedia hubieran salvado la vida, pero perdido el alma." (15)

Las entidades especializadas en ayuda ya han comenzado a
hacerse preguntas antes de acudir a las zonas de catástrofe
con sus cargamentos.

En primer lugar: cuánto tiempo tardarán los damnificados en
utilizar la ayuda? más de una semana es demasiado! A conti-
nuación se preguntan: qué trabajo generará esta ayuda? porque
no se trata de acrecentar la pasividad y la sensación de inu-
tilidad del damnificado, sino de incorporarlo a las tareas de
recuperación. Una tercera pregunta es: los objetos que se
donan, son universales? Esto es: respetan la cultura de los
damnificados? No tiene sentido darles sostenes; medias de

seda o zapatos de tacón alto a nuestros indígenas; o, sin ir
tan lejos, no prestan ningún servicio las latas de caviar o las
sopas Campbell, o una moderna estufa alemana que se han en-
contrado abandonadas en un campamento de Armero. Y por úl-
timo: cuánto cuesta lo que se va a donar? Esta obvia pre-
gunta ha adquirido importancia después de algunas sencillas
comprobaciones sobre costos. Resulta, en efecto, que suma-
dos gastos de fabricación, transporte, embalaje y distribución,
los costos aparecen desmesurados y sencillamente superiores
a los que tendrían los mismos artículos comprados en los mer-
cados locales, con la circunstancia adicional de que acudir
a los proveedores del lugar significará generación de empleo
y estímulo a la economía de la comunidad herida por la ca-
tástrofe. (16)

El catedrático Otto Koenisberger en una tesis doctoral sobre
el tema ha llegado a resumir las experiencias sobre ayuda en
cuatro principios fundamentales:

- El socorro es enemigo de la reconstrucción, por tanto hay
que minimizarlo;
- Esa mínima operación de socorro reduce la capacidad ejecu-
tiva del sector público; por tanto se deben evitar el pater-
nalismo y la realización de trabajos que la gente pueda
ejecutar por sí misma;
- Bajo el impacto inmediato de una catástrofe la gente es-
tá dispuesta a cambiar viejos métodos y costumbres;
- Acción rápida significa actuar sobre proyectos. De nada
sirve hacerlos después del acontecimiento. Los proyectos
deben estar listos de antemano. (17)

La más desconcertante explicación dada a los errores cometi-
dos en esta oportunidad es la de que "no teníamos experiencia
en una catástrofe como ésta." No se trata de tener o no esa
experiencia, sino de tener planes de emergencia, aplicables en

cualquier momento, para no agregar al desastre, la calamidad de las improvisaciones.

LA DIFÍCIL TAREA DE "DAR"

Todo lo dicho hasta aquí demuestra que "dar" no es una tarea sencilla.

Entre los numerosos relatos publicados a propósito de la tragedia de Armero está el del cura de Une, un anciano y añoroso sacerdote que convocó a sus feligreses para ayudar a los damnificados de Armero. Recogió ropas, drogas y alimentos de su feligresía campesina, llenó con ellos un camión y se vino carretera abajo, hasta llegar a Mariquita en donde se detuvo a preguntar por los damnificados. En cuestión de minutos el vehículo quedó rodeado por una muchedumbre de pediqueños que se autocalificaban de damnificados. Como pudo el buen cura se deshizo de ellos y se fue en busca del campamento de refugiados situados en las colinas vecinas a Mariquita. No alcanzó a llegar hasta allá porque otra vez lo rodeó una muchedumbre ansiosa que le pedía algo de comer.

Cuando el periodista que contó esta historia lo encontró, el cura de Une buscaba nerviosamente el camino de salida hacia Armero, sinceramente arrepentido de haber acometido la empresa de ayudar a los damnificados. Dar, y dar bien, es mucho más complicado de lo que parece.

"Dar pone a prueba el orgullo de quien recibe, para no decir su dignidad. Eso para empezar. Pero además, dar expone al riesgo de corromper a quien recibe." (18)

Dar se ha convertido en una actividad sospechosa. Nadie da por dar; siempre se espera o se presume una contrapartida. Los políticos colombianos han acostumbrado a la gente necesitada a relacionar los donativos con alguna reciprocidad: voto, activismo políticos, etc. Aún en casos de catástrofe el donativo es sospechoso.

Los análisis críticos que se le hicieron en su momento a la Alianza para el Progreso constituyen una buena racionalización de las sospechas que rodean a la ayuda internacional. Esa ayuda nos llegó aquí en distintas formas: desde los quesos amarillos enlatados y la leche en polvo, hasta el ingreso de brigadas de mocetones idealistas, interesados y entrenados para ayudar en la formación de cooperativas, construcción de escuelas, aperturas de caminos o excavación de pozos.

A la larga, sin embargo, todo quedó en una introducción - probablemente involuntaria - de patrones culturales que sirvió para ampliar el mercado de productos típicamente estadounidenses. Tomo a la letra de uno de esos análisis críticos: "la Alianza ha sido un paso mayúsculo en la modernización de los patrones de consumo de las clases medias suramericanas... La alianza ha modernizado los niveles de aspiración de la gran mayoría de los ciudadanos y ha dirigido sus demandas hacia artículos a los que hoy no tiene ni tendrá mañana acceso." (19)

El autor del texto anterior, Ivan Illich, agrega ejemplos que ilustran su crítica: por cada automóvil que esa clase media siente como necesario, se le niega a 50 compatriotas el poder disfrutar de un buen servicio de bus; por cada nevera particular que se negocia, se le reduce a una comunidad la posibilidad de un refrigerador de uso común; y por cada dólar que se gasta en sofisticados hospitales y especialistas se aleja la posibilidad de buenos acueductos.

Esa invasión cultural, amparada tras la mampara de la ayuda externa, insisten los críticos, impone patrones de consumo extraños y perturbadores que crean un estado de ánimo característico del subdesarrollo.

Y aquí vuelvo a citar a Illich: "el subdesarrollo, como un estado de ánimo, ocurre cada vez que las necesidades básicas se presentan como demanda por productos enlatados específicos que han sido diseñados para la sociedad de la abun-

ancia. Es traducir la sed, por ejemplo, como necesidad de tomar Coca cola. Las necesidades primarias resultan manipuladas por un aparato burocrático que ha impuesto un monopolio sobre la imaginación de los consumidores en potencia." (20)

Fue lo que sucedió en la costa pacífica cuando funcionarios oficiales asumieron la función de administradores de unas ayudas para los pueblos damnificados por el maremoto de 1979. Con la suficiencia propia de los que miran como inferiores las culturas ajenas, los funcionarios de la CVC diseñaron, decidieron la clase de materiales y emprendieron la construcción de un muelle en Sala honda, de un muelle pesquero, una plaza de mercado y un matadero en Tumaco, sin consultar a la población de esos lugares. El resultado: las obras de Tumaco están subutilizadas y el muelle se carcome lentamente. Como anotó el contralor en su visita de inspección: "no consideraron el modo de vida y las costumbres propias de la región para el diseño y construcción de esas obras; y utilizaron materiales de características no concordantes con las condiciones ambientales de la zona las cuales generan un deterioro acelerado de las obras." (21)

No es fácil el acto de dar. Sometido a sospechas, es un acto complejo e imposible de improvisar. Puede adquirir las dimensiones y apariencias de una colosal operación comercial; así vió Bob Geldorf la organización del concierto Rock en favor de los hambrientos de Etiopía y Sudán: "la nuestra, dijo, es una industria de 50 millones de dólares." Se refería a la operación que movilizó el pasado 13 de julio a 63 orquestas de rock de todo el mundo, durante 16 horas y llegó a mil 500 millones de personas de 140 países. En esa ocasión mostró el poder de las comunicaciones globales para convocar inmensas muchedumbres de toda lengua y nación. pero además, pareció dejar al descubierto la falta de efectividad de la caridad institucional, tímida y limitada. Sin embargo es demasiado temprano para emitir juicios definitivos. Deslumbrados por las candilejas del espectáculo los ho-

tes de hoy querríamos ver en los organizadores de esas brillantes operaciones en favor de los necesitados los paladines de la caridad moderna, y de hecho Geldorf recibió títulos honorarios y fue propuesto para el Nobel de paz. No se ha llegado a tanto en Colombia con los organizadores de los espectáculos internacionales pro Armero, pero es evidente que el poder de deslumbrar de los medios de comunicación ha disminuido la posibilidad de un análisis crítico. No ha sucedido eso con otras entidades: Cruz Roja, Resurgir, Minuto de Dios, etc, asediadas contantemente por críticos implacables de todas sus acciones. Una dosis equivalente de análisis crítico demostraría, por ejemplo, lo que ya observaron los sudaneses a propósito de esas espectaculares operaciones de la caridad y el espectáculo internacional en su favor: "los medios de comunicación no sólo han ignorado totalmente el punto de vista africano, sino que también han tendido a reforzar el error de que son los de afuera quienes tienen que venir y enderezar la situación." (22)

En efecto, mucho antes que se iniciara el montaje del concierto rock, en Senegal, Sudán y Mozambique hubo colectas masivas y espectáculos musicales para recaudar una ayuda que los propios africanos aplicaron según su criterio y conocimiento de las necesidades. Declaraba por eso el primer ministro sudanés Gigoulli Dafala: "aunque a la gente de los países desarrollados a veces los impaciente nuestra manera de hacerlas cosas, al fin y al cabo es mejor que nos dejen hacerlas a nuestro modo."

Esas observaciones dejan al descubierto el flanco débil y ambiguo de los brillantes espectáculos internacionales de ayuda.

Parece excesivo pedirle a los organizadores de un concierto en el que la transmisión implica la coordinación de 14 satélites que, además, tengan en cuenta cómo dar, a quién dar y para qué dar. Esas, después de la proeza de recaudar 50 millones de dólares, parecen tareas menores, delegables y secundarias sin embargo son aspectos claves. Como ha suce-

dido con los donativos pro-Armero, la conciencia colectiva otra vez se ha anestesiado con el simple gesto de dar cosas y ha dejado a un lado, como asunto definitivamente molesto, el problema de fondo. En el caso africano no es cuestión de repartir 50 millones de dólares en alimentos; al fondo está la necesidad de contar con elementos para enfrentar el estancamiento económico y los problemas ecológicos que han conducido a aquellas muchedumbres a la hambruna. En el caso de Armero, dar significa ir más allá de la aparente indemnización por las imprevisiones de que ellos resultaron víctimas, y crearles la oportunidad de comenzar de nuevo, con todo lo que esto significa:

Dar, pues, no es asunto fácil.

CONCLUSION

Dar supone un conocimiento previo de las necesidades y del necesitado, y una sabia prudencia para no caer en las trampas que rodean al acto de dar. Ya hemos mencionado atrás algunas de esas trampas como el paternalismo que pretende anular al damnificado y reemplazarlo en todo. Pero hay otras aún más dañinas para donantes y receptores de ayuda. La relación donante - necesitado puede mantenerse en términos positivos mientras unos y otros entiendan que se trata de atender a las necesidades inmediatas creadas por la catástrofe. Esa relación se deteriora cuando el donante pretende

ir más allá de la satisfacción de necesidades y quiere abarcar la total reparación del daño sufrido con exclusión del damnificado. Aún en el hipotético caso del donante con todos los recursos a su disposición, esa actitud de querer reparar los daños sufridos por el receptor lleva un germen de conflicto.

El damnificado acabará devorando a su benefactor o denigrándolo al menos porque, quiéralo o no, resultará magnificando sus pérdidas hasta extremos insospechados. Algo de eso han aprendido los funcionarios de las entidades encargadas de atender damnificados en Armero, Popayán o el Charco. Entre los más exaltados voceros de la inconformidad de los damnificados hay personas que por primera vez van a tener casa propia, y un empleo. Antes eran trabajadores ocasionales que no tenían vivienda propia o que habitaban en inquilinatos o en tugurios; pero alguien les dió a entender que se trataba de repararles el daño producido por la avalancha y con eso se dió comienzo a una carrera imparable de exigencias. Alguien me expresó gráficamente el riesgo de dar cuando se acepta el criterio de los "derechosos", es decir de aquellos que reclaman el derecho a que se les repare el daño real o presente que padecieron: es como meter la mano desnuda en un molino de carne. Hay que admitir que en el caso de Resurgir y de otras entidades que han intervenido en el problema de Armero, ha habido más de una persona molida.

En conclusión, es cierto que las catástrofes llegan sin anunciarse suficientemente, y por eso en buena parte son imprevisibles; pero los organismos de ayuda sí tienen la obligación de reaccionar como si nada los hubiera tomado de sorpresa. Nadie desea que haya catástrofes, pero hay que esperarlas y estar preparados para ellas. A lo largo de esta reflexión han aparecido errores de todos los tamaños, producto de la improvisación: dineros que permanecen congelados en bancos o en poder de donantes que no han podido hacerlos llegar a sus destinatarios; caos en la entrega de ayudas, informaciones que acarrear falsas ilusiones; olvido de aspectos funda-

mentales de la ayuda que necesitaban los damnificados, etc. Todos esos errores tienen una causa común: la improvisación de las estructuras de ayuda. Así lo comprobaron los participantes en el seminario promovido por Resurgir el 16 y 17 de enero para hacer una autocrítica de las acciones desarrolladas a raíz de la avalancha de Armero. De allí surgió la iniciativa de crear con carácter permanente un comité nacional de emergencia, capaz de reaccionar ordenada y metódicamente en casos de catástrofe.

A los habitantes del norte del Tolima se les indicó después de la erupción y la avalancha que tendrían que aprender a convivir con el volcán... Es lo mismo que aprendieron a hacer los japoneses que viven cerca de una cadena de volcanes. Esa indicación es válida para todos los pueblos del mundo... A fuerza de padecer catástrofes y de verlas agravadas por la improvisación, la familia humana ha tenido que aprender a racionalizar sus mecanismos de ayuda a las víctimas de modo que al ocurrir lo inesperado, todos los mecanismos de solidaridad de los pueblos entren a operar de modo eficiente y sabio, como si cada tragedia hubiera sido largamente esperada. Porque la catástrofe, ciertamente tiene mucho de sorpresivo... Lo que nunca debe ser sorpresivo es la reacción de ayuda de la humanidad.

NOTAS

- EL TIEMPO. Absoluta pulcritud en el manejo de auxilios: B.B. 27 XI - 85.
- EL TIEMPO. Corresponsalía de Arnulfo Sánchez desde Ibagué. 6 II 86. Informe de Resurgir. I 31 86
- Guillermo Cano. "Dos volcanes peligrosos". El Espectador 26 I 86.

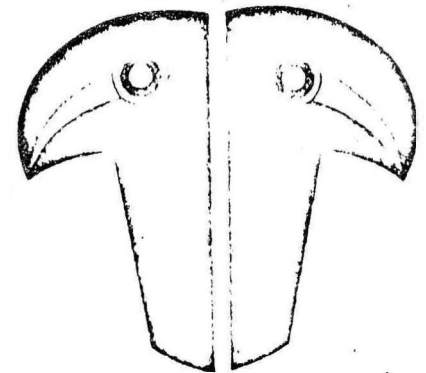
IAN DAVIS: Arquitectura en Emergencia. P. 76. Editori Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

- Loc. cit. P. 102.
- Loc. cit. Pág. 102.
- Reportaje del contralor a Hoy por Hoy. N. 16. P. 4 II 25 86.
- Europa press. Cable publicado por El Mundo 14 XII 86
- EL TIEMPO. "Visita a la zona de Armero" 23 II 86
- Rodolfo González. Plan de acción por el maremoto de Tumaco. En "Informe financiero" X-85. p. 54 y sgtes.
- Jan Davis. Ut supra. p. 54.
- Loc. cit. p. 33. Cita de Wisner, Ben y otros en Poverty and sistem in New Society. IX 76.
- Dato de Juan Teera, Conferencia en Habitan, Vancouver V, 75.
- Marcela Giraldo: "Mucho auxilio está enredado" El Espectador, 16 I 86.
- María Dolores García, "Tensa espera". El Tiempo 9 II 86.
- Jan Davis, ut supra. pág. 101.
- Otto Koenigsberger en conversación con Ian Davis. Opus Citatum. pág. 111.
- Hernán Vergara D. m.d. "Resurgir o comenzar?". El Tiempo. Lecturas Dominicales 9 II 86.

- Iván Illich. Alternativas. Cuadernos de Joaquín Morúa. Méjico. 1977. p. 19.
- Op. cit. ut supra. pág. 23.
- Rodolfo González. Op. cit. pág. 56.
- Djibri Diallo: Hazañas heroicas y nuevas agresiones. Dia-rio Mundial X 85. pág. 5.

Escrito por:
IAN DAVIS
Arquitecto

Resumen de:
ALBERTO MENDOZA
Arquitecto, S.C.A, S.C.P.



**XV - ARQUITECTURA
DE
EMERGENCIA**